



Ángel Esteban: *El escritor en su paraíso. Treinta grandes autores que fueron bibliotecarios. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Cáceres, Periférica, 2014, pp. 376.*

Cuando Jean Paul Sartre publica su libro de memorias *Les mots* (1964), decide organizar el relato de su vida en torno a dos acciones que considera cruciales en su biografía: leer y escribir. Ambos infinitivos intitulan las dos secciones que componen el libro: las palabras leídas en la infancia dan lugar a las palabras escritas, estas últimas edificadas gracias a un proceso de absorción y reorganización creativa del material aportado por las primeras. «El idealismo del escribiente se fundaba en el realismo del niño. Ya lo he dicho antes: descubrí el mundo a través del lenguaje, pero durante mucho tiempo tomé al lenguaje por el mundo. Existir era poseer una denominación controlada en alguna parte de las Tablas infinitas del Verbo; escribir era grabar en ellas a seres nuevos o –fue mi más tenaz ilusión– tomar las cosas, vivas, en la trampa de las frases: si combinaba ingeniosamente las palabras, el objeto se enredaba en los signos, y yo lo tenía. En el Luxemburgo empecé fascinándome con un brillante simulacro de plátano; yo no lo observaba, sino que, por el contrario, confiaba en el vacío; esperaba, al cabo de un rato surgía su verdadero follaje con el aspecto de un simple adjetivo o, a veces, de toda una frase: había enriquecido al universo con un tembloroso verdor», confesaba Sartre. Si el verdadero poder del escriba está en la creación, lo cierto es que el proceso empieza a componerse en el estadio precedente, gracias a una lectura receptiva y a la observación del mundo, que aportan los insumos esenciales para una posterior plasmación activa.

El libro de Ángel Esteban, catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Granada e infatigable polígrafo, se focaliza en la mal llamada «destreza pasiva» de la lectura, y así se dedica a desnudar esa punta sumergida del iceberg. Elige treinta escritores que fueron bibliotecarios –31, para ser justos, si consideramos a los Hermanos Grimm como autores singulares a pesar de la doble firma– e ilumina los trasfondos de un oficio silenciado en virtud de una atención crítica destinada mayoritariamente al «producto escriturario» de estas plumas célebres.

Mario Vargas Llosa, prologista del libro y uno de los dos escritores vivos que selecciona el libro de Esteban –el otro es Stephen King–, reconoce el valor

fundacional de la lectura en su formación de escritor: «Siempre he dicho que lo más importante que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer [...] Recuerdo cómo a los cinco años mi mundo de pronto se enriqueció de una manera extraordinaria». Y pasa revista a la colección de libros eróticos franceses que descubrió siendo precoz bibliotecario en el Club Nacional de Lima –una experiencia que reconoce como imprescindible para la posterior incorporación del erotismo en sus novelas–, o el peso que en su formación literaria tuvieron los volúmenes consultados sucesivamente en la Biblioteca Nacional de Perú, en la Biblioteca del Departamento de Filología Hispánica de la Universidad Complutense de Madrid, en la Nacional de Francia, o en la antigua British Library que funcionaba dentro del Museo Británico.

Si discriminamos a los escritores-bibliotecarios escogidos por Ángel Esteban según un criterio de procedencia, encontramos que 9 autores son latinoamericanos (2 peruanos, 2 argentinos, 2 mexicanos, 1 cubano, 1 uruguayo, 1 nicaragüense), 7 españoles, 4 franceses, 4 alemanes, 2 ingleses, 1 estadounidense, 1 italiano, 1 sueco, 1 ruso y 1 austríaco. Los capítulos de *El escritor en su paraíso* se desglosan de la siguiente manera, en torno a un título clarificador del recorrido vital del autor en cuestión:

- Reinaldo Arenas (Cuba, 1943-1990): *De La Habana a Princeton*
- Benito Arias Montano (España, 1527-1598): *Entre Flandes y la Biblioteca de El Escorial*
- Georges Bataille (Francia, 1897-1962): *El bibliotecario perverso*
- Jorge Luis Borges (Argentina, 1899-1986): *El escritor en su laberinto infinito*
- Robert Burton (Inglaterra, 1577-1640): *El saber enciclopédico y melancólico*
- Lewis Carroll (Inglaterra, 1832-1898): *El bibliotecario al otro lado del espejo*
- Giacomo Casanova (Italia, 1725-1798): *El seductor seducido por la palabra*
- Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916): *El culto a los libros*
- Leandro Fernández de Moratín (España, 1760-1828): *De la escena a la biblioteca*
- Gloria Fuertes (España, 1917-1998): *Sus jefes, los libros*
- Bartolomé José Gallardo (España, 1776-1852): *El príncipe de los bibliófilos españoles*
- Johann Wolfgang von Goethe (Alemania, 1749-1832): *En su biblioteca de Weimar*
- Jacob Grimm (Alemania, 1785-1863) y Wilhelm Grimm (Alemania 1786-1859): *Investigaciones en las bibliotecas alemanas*

- Paul Groussac (Argentina, 1848-1929): *Casi medio siglo en la Biblioteca Nacional*
- Martín Luis Guzmán (México, 1887-1976): *Bibliotecario, revolucionario, hombre de letras*
- Juan Eugenio Hartzenbusch (España, 1806-1880): *El espíritu del Romanticismo*
- Johann Christian Friedrich Hölderlin (Alemania, 1770-1843): *El bibliotecario loco*
- Stephen King (Estados Unidos, 1947): *Algo más que libros en la biblioteca*
- Marcelino Menéndez Pelayo (España, 1856-1912): *Una biblioteca andante*
- Robert Musil (Austria, 1880-1942): *El bibliotecario sin atributos*
- Juan Carlos Onetti (Uruguay, 1909-1994): *Los libros y la vida*
- Eugenio D'Ors (España, 1882-1954): *Bibliotecas populares*
- Ricaldo Palma (Perú, 1833-1919): *El bibliotecario mendigo*
- Georges Perec (Francia 1936-1982): *El bibliotecario más raro del mundo*
- Charles Perrault (Francia, 1628-1703): *Un bibliotecario en el Louvre*
- Marcel Proust (Francia, 1871-1922): *¿Bibliotecario o dandy?*
- Aleksandr Solzhenitsyn (Rusia, 1918-2008): *Un bibliotecario entre rejas*
- August Strindberg (Suecia, 1849-1912): *El Bibliotecario Real*
- José Vasconcelos (México, 1882-1959): *De la biblioteca al cielo*
- Mario Vargas Llosa (Perú, 1936): *El bibliotecario y las múltiples relaciones matrimoniales*

Cada capítulo testimonia los efectos del paso de los autores-inquilinos por sus respectivas bibliotecas; estos efectos incluyen el estímulo creativo individual pero, también, el desarrollo de un programa gubernamental, en calidad de funcionarios de mandatos de turno. Y, en otros casos, las bibliotecas ofician de *topos* decisivo para la fundación o consolidación de grupos o «cofradías literarias» que se alojan en sus instalaciones, como es el caso de los Ateneístas mexicanos.

Las bibliotecas, como dijimos antes, en algunas ocasiones desempeñaron el papel de «caldo de cultivo» para la escritura. Por ejemplo, Reinaldo Arenas empezó a escribir su primera novela en la Biblioteca Nacional de Cuba «José Martí», *Celestino antes del alba*. Otro caso es el Jorge Luis Borges, para quien la biblioteca de su padre había sido «el acontecimiento capital de mi vida». Este escritor ficcionaliza sus vivencias en la Biblioteca Miguel Cané a través del personaje de Carlos Argentino Daneri, en el cuento «El Aleph». A propósito de esta última afirmación incluida en el libro de Esteban, como intenté demostrar en mi artículo

«El dilema de los críticos practicantes: un discurso que no puede exceder sus propios márgenes. Leopoldo Lugones a través de Jorge Luis Borges» publicado en 2007 en la revista *Cartaphilus* de la Universidad de Murcia, considero que la construcción del personaje de Daneri podría leerse como un trasunto burlesco del propio Lugones. Esto porque también Lugones había sido bibliotecario de la Biblioteca del Maestro, y fue tildado, como el personaje borgiano, de fanático y autoritario, por haber sido sucesivamente anarquista, socialista, partidario de los Aliados en la Primera Guerra Mundial y finalmente fascista. Es de señalar que Borges, además, escribió en la Miguel Cané algunos de sus mejores cuentos, como «La muerte y la brújula» o «Las ruinas circulares». Un escritor argentino cuya ausencia se echa de menos en las páginas de *El escritor en su paraíso*, además de Lugones, es su tocayo Marechal, quien entre los años 1919 y 1923 se desempeñó como bibliotecario de la Biblioteca Popular Alberdi, situada en la porteña Villa Crespo.

Algunos escritores consagrados fungen como custodios, impulsores y difusores culturales al frente de bibliotecas de relieve nacional. Tal es el caso del franco-argentino Paul Groussac, durante medio siglo director de la Biblioteca Nacional. Su principal reto fue convertirla en una institución de proyección nacional, para que dejara de tener un carácter provinciano y limitado. Pero, además, en esta biblioteca «se forjó como intelectual de peso, como creador literario y como crítico y estudioso e investigador», señala Esteban. Caso similar es el del peruano Ricardo Palma, miembro de número de la RAE, nombrado Director de una Biblioteca Nacional que se encontraba destruida después de la guerra con Chile. Su responsabilidad fue la de reconstruirla, ponerla al día, mejorar sus fondos. El escritor de «tradiciones» no dudó en apelar a su prestigio literario para pedir dinero a personalidades, ganándose así el apelativo de «bibliotecario mendigo». Y José de Vasconcelos fundó la Biblioteca de México en 1946, la joya bibliográfica más valiosa de la nación.

Las bibliotecas asilaron, como también documenta el libro de Ángel Esteban, a generaciones de escritores. Martín Luis Guzmán, uno de los ateneístas mexicanos, compañero de Alfonso Reyes y principal difusor, junto a Mariano Azuela, de la narrativa de la revolución mexicana, se reunía en la Biblioteca de Caso, una especie de «cuartel general de los amigos» para leer y comentar libros de literatura, filosofía e historia. El *modus vivendi* de los ateneístas, según Esteban, era el de «vivir entre libros y bibliotecas».

El escritor en su paraíso dedica páginas a ilustrar no solo la simbiosis de los literatos con las bibliotecas «oficiales» que ocuparon públicamente, sino a iluminar el significado íntimo de las bibliotecas «privadas» en la vida espiritual de sus dueños. Un ejemplo es el de Juan Carlos Onetti. Aunque el uruguayo fue Director de Bibliotecas en la División de Artes y Letras de la Intendencia Municipal de Montevideo desde 1957 hasta 1975, sus biógrafos señalan que la actividad que realizó en bibliotecas municipales no tuvo un gran calado en su vida ni en su obra.

Sin embargo, en «Reflexiones de un perdedor», texto escrito en 1979 y publicado después en *Confesiones de un lector* (1995), empieza a enumerar lo que con setenta años ha perdido irremediamente. Y no piensa en las mujeres, en su país o en la familia, sino en los libros y las bibliotecas: «recuerdo las cuatro bibliotecas que perdí para siempre; porque cada vez que tuve que irme dejé todo atrás; y hoy, aparte de personas que fueron así y ya son de otra manera, lo que más lamento es la ausencia definitiva de los libros que fui juntando por diversos medios, incluyendo los comprados al contado o en créditos generosos y confiados».

El documentado y exhaustivo libro de Ángel Esteban –ambicioso, además, en cuanto excede con creces los confines lingüísticos del español– se inscribe en una tendencia de interés creciente por el estudio de bibliotecas, y por el viraje al terreno del lector empírico. ¿Qué nos dice el uso del libro acerca del pensamiento de una época? «El terreno de la posesión y el uso del libro es uno de los más desatendidos y desconocidos de la historia cultural de Occidente» afirma Hans Erich Bödeker en «D'une histoire littéraire du lecteur à l'histoire du lecteur. Bilan et perspectives de l'histoire de la lecture en Allemagne» (1995). Por otra parte, «el comportamiento de lectura es considerado como una práctica cultural y social que permite investigar el rol que la literatura juega en el contexto biográfico de los lectores históricos, reales», sostienen Pedro Cátedra y Anastasio Rojo en *Bibliotecas y lecturas femeninas* (2004). Otro aspecto de reciente interés investigativo se focaliza en la destrucción de bibliotecas, muchas veces por motivos ideológicos. En el año 2005 el catedrático de Filología de la Universidad de Salamanca, Fernando Rodríguez de la Flor, rehabilitó para la crítica un concepto caído en desuso: el de *biblioclasmo*, que expone en su ensayo *Biblioclasmo: Una historia perversa de la literatura* (en ámbito italiano, Umberto Eco había establecido una taxonomía de tres tipos de biblioclastia: la fundamentalista, la biblioclastia por interés y la biblioclastia por incuria).

Para ir concluyendo, el estudio de bibliotecas –públicas o privadas– constituye un reservorio de informaciones valiosas para reconstruir la «educación sentimental» de un autor. Como he señalado en otro lugar, a propósito de la biblioteca de Leopoldo Marechal alojada en la Universidad de Rosario, los estudios de bibliotecas particulares son de especial utilidad filológica. Cuando el propietario ha sido un escritor, el examen del corpus orgánico de libros y revistas acopiado en vida sirve para recabar valiosas informaciones: rastrear circuitos de lectura que iluminen la exégesis de su obra; reconstruir amistades o afinidades intelectuales plasmadas en dedicatorias y paratextos; calibrar potenciales desplazamientos geográficos según la procedencia del volumen y las posibles anotaciones manuscritas; reconstruir el proceso creativo gracias a subrayados, notas hológrafas, comentarios marginales que a veces funcionan como intertextos invisibles; indagar las constelaciones temáticas de preferencia del autor mediante el establecimiento de un canon de lectura personal, o incluso conjeturar olvidos

ante libros intonsos. Los libros son testimonios inestimables para recobrar los gestos cotidianos de una estrecha convivencia con sus poseedores.

Este libro de Ángel Esteban demuestra sobradamente la influencia flagrante del objeto-libro, de la institución que los atesora y del rol del bibliotecario-practicante en la construcción del «oficio de escritor». E ilumina la trastienda de la escritura creativa con una luz nueva, si no única.

Marisa Martínez Pérsico